

CAPÍTULO II

ALEJANDRO. - ALEJANDRÍA

Generalidades

Debido a uno de los arranques súbitos más extraordinarios de la Historia, salió Grecia en 323 a guerrear contra todo el Oriente y obtuvo en diez años una absoluta victoria. El gran imperio aqueménida cayó como una ilusión: la guerra griega llegó hasta Bactriana y la India. El Asia Menor, Siria y Egipto recibieron gérmenes de helenismo que se desarrollaron rápidamente. El mundo cambió de eje de rotación, como había ocurrido doscientos años antes con la victoria de Ciro. La fuerza en esta circunstancia estuvo verdaderamente al servicio del espíritu. No eran letrados ni grandes idealistas aquellos rudos macedonios que, siguiendo a Alejandro, hicieron una campaña sólo comparable con las de la Revolución y el Imperio. Pero las ideas van con los hombres, a veces contra la dirección en que se las lleva.

Grecia había fundado en doscientos años una civilización y una cultura de espíritu muy superiores a todo lo que se había visto hasta entonces. Aquella cultura no produjo un rebajamiento militar, porque al mismo tiempo que Grecia creaba el marco absoluto de la civilización, resistía victoriosamente el esfuerzo del imperio aqueménida y le hacía sufrir repetidas derrotas. El progreso político era inmenso. Apareció el ciudadano, el hombre libre de una ciudad libre. Simultáneamente, la moral establecida sobre la razón, sin mezcla de nada sobrenatural, se afirmaba en su alta dignidad de Thora revelada a todos. Casi se había descubierto la verdad acerca de los dioses y la naturaleza. Libertado al hombre de los locos terrores de su infancia, empezaba a mirar con calma su destino. Vivían entonces Evhemero, Epicuro y Zenón. Había nacido la ciencia, la verdadera filosofía. Se había entrevisto el sistema del mundo.

¿Y en el arte? ¡Qué nueva aparición! ¡Qué mundo de dioses y diosas! ¡Qué revelación celestial! En esto se mostró especialmente creadora Grecia. Inventó la belleza, como había inventado la razón. El Oriente había hecho estatuas antes, como había encontrado medios para pasarse sin la intervención continua de los dioses. Pero sólo Grecia halló la estabilidad de las leyes de la naturaleza: sólo Grecia descubrió el secreto de lo bello y lo verdadero, la regla, lo ideal.

Aquella hora fue decisiva en la historia de la humanidad. La ciencia,

la filosofía, la moral, la política, el arte militar, la medicina y el derecho quedan fundados. Sólo queda en aquella hora admirable un agujero funesto por el cual entrará la destrucción. Grecia se mostró débil en religión. Conservó todas las niñerías incluso las que tenían algo de homicida, y como la Italia del Renacimiento vivió del error que le aprovechaba. La Italia del Renacimiento vio las imposturas de la religión establecida, y conservó al Papa, jefe de la impostura. Vio Grecia que los dioses del vulgo no existían y a pesar de eso puso su arte al servicio de una brillante idolatría. Aquellos sabios vieron la verdad, pero no la confesaron. Fueron demasiado aristócratas y artistas.

Lo más característico de Grecia era su fe en la gloria, su confianza en la posteridad. La vida del individuo es corta, pero la memoria humana es eterna, y en esa memoria se vive realmente. Lo importante para el hombre es lo que se dirá de él después de muerto: la vida actual está subordinada a la vida de ultratumba: sacrificarse a su propia reputación es un cálculo cuerdo. Para aquel de quien no habló Grecia, el olvido, o sea la nada: para aquel de quien Grecia se acuerda, la gloria, es decir, la vida. Para poseer una estatua en Atenas, los reyes rivalizan en adulaciones. Se hizo una selección en la muchedumbre humana y la vida tuvo un móvil. Hubo una recompensa para el que había perseguido el bien y la belleza: ser estimado por los griegos.

Fue un dios joven que pareció a los antiguos una reaparición del antiguo Dionysos quién llevó la columna luminosa a través de la densa oscuridad de la barbarie. No conocemos por documentos ciertos su verdadero carácter personal, pero nada importa. Su obra habla. La campaña de Alejandro es un hecho inmenso en la historia de la civilización. La esfera de la actividad de Grecia se engrandeció prodigiosamente. Se penetró en las profundidades orientales. El Asia Menor, libertada de los sátrapas persas, se convirtió en un anexo de Grecia y lo mismo ocurrió con la Siria del Norte. Si la Siria del Sur conservó más su originalidad se sometió a la acción de un imán colocado fuera de ella, y que perturbó todos sus movimientos. El valle del Nilo siguió durmiendo su sueño secular esculpiendo sus templos y sus peñascos, pero lo hizo impregnándose del gusto griego. El Delta se convirtió en una de las posiciones más fuertes del helenismo. Aunque Oriente recobró rápidamente la cuenca del Tigris y el Éufrates, los arsácidas siempre fueron dominados por el ascendiente de Grecia. El título de *file-helena* es el que más desean los soberanos del Asia citerior. Hasta en el fondo del Asia y de la India se conoce en señales inequívocas la influencia del arte y el genio griegos.

Lo que más sorprende de la conquista griega son las hondas huellas que dejó. Sus consecuencias resultaron eternas y comparables con las de la conquista romana. Las divisiones que siguieron a la muerte de Alejandro, opuestas a la majestuosa unidad del imperio de Roma, no dejaron ver las transformaciones realizadas a consecuencia de la expedición macedónica.

Para Josefo, Alejandro visitó Jerusalén después del sitio de Gaza, honrando particularmente al sumo sacerdote que le enseñó los pasajes de Daniel que convenían a su persona. Esto es una novela, inventada por Josefo. Lo más probable es que no se apartara Alejandro de su camino para

ir a Jerusalén. Josefo dice que muchos judíos se alistaron en el ejército de Alejandro, lo cual les valió privilegios análogos a los de los macedonios y libertades para la práctica de su culto. Tampoco esto es cierto. Los judíos que se hubieran dedicado a esta vida endiablada no habrían obedecido al espíritu general de su raza. Nadie se juega la vida cuando tiene ésta en mucha estimación.

La verdad es que, en 332 empezó la dominación griega en Jerusalén. El primer gobernador de Siria fue Andrómaco, asesinado por los samaritanos en circunstancias desconocidas y substituido por Memnón. Nada cambió en la vida interior de la ciudad.

A un mundo nuevo le son necesarias ciudades nuevas. Al pasar por el sitio donde después estuvo Antioquía, Alejandro vislumbró el gran centro de civilización que había de establecerse al poco tiempo en tan hermoso lugar. Ante la isla de Faros, fundó los cimientos de su gran ciudad humanitaria que había de llevar triunfalmente su nombre hasta nuestros días. Alejandría fue fundada en 332 entre las batallas de Issos y Arbelas, con la idea clara de lo que sería al transcurrir el tiempo.

Terminada la obra literaria de Grecia, empezaba la científica. Las antiguas repúblicas griegas tenían un escaso espíritu de constancia, y dependían demasiado del público para poder hacer buenas investigaciones científicas.

En aquellas democracias podía desarrollarse excelente la creación primera, para un tiempo en que todos filosofaban, especulaban y generalizaban por cuenta propia con audacia y serenidad infantiles, pero no podían prestarse a estudios comunes sostenidos por el Estado. Eran imposibles en ellas los esfuerzos reunidos, las campañas organizadas. Ni Atenas ni ninguna ciudad griega tuvo Instituto o Academia, donde los sabios encontrasen libros, laboratorios y medios de subsistencia. El Museo de Alejandría tuvo todo esto. Se trabajó con perseverancia y solidaridad. Arquímedes, Eratóstenes, Apolonio de Pergo, Aristaco de Samos, Herón, Hiparco, fueron en su época como en los nuestros Laplace, Berthollet y Gay Lussac. Se progresó seriamente. Desgraciadamente el foco estaba aislado, le faltaba intensidad, y la conquista romana dio poco estímulo al estudio. Desaparecieron las corporaciones de sabios. El gran centro de luz se extinguió por el rebajamiento sucesivo del espíritu humano, en los primeros siglos de nuestra Era.

Lo fundado por Alejandría produjo sobre el judaísmo un efecto decisivo. Fuera de Jerusalén hubo como dos polos poderosos, Alejandría y Antioquía, que influyeron poderosamente en el espíritu judío. Quedaron uno frente a otro, el helenismo y el hebreísmo, y la batalla fue ardiente. Alejandro no tuvo como Ciro un segundo Isaías que saludara su advenimiento. Si alguno de los antiguos videntes de Israel hubiera resucitado cuando el sitio de Tiro o de Gaza, los acentos salidos de su boca habrían sido de hondo temor o de maldición. El Júpiter Olímpico, aquel dios tonante que la dinastía nueva lleva a todas partes como su símbolo, era para su colega Jehová un rival formidable.